

estas sentidas frases: "Lector, si no quieres ó no puedes comprendernos, se benévolo siempre y disimula la queja. Nosotros no podemos impedir que el labio profiera con la crispatura del pensar y del remordimiento, frases eulutadas.

*Procopio ha muerto.....*

Procopio: (así teníamos costumbre muy irrespetuosa, pero muy agena al artificio y la pretensión, de llamar al amigo íntimo de varios años), ha juntado sus párpados cuando menos esperábamos que la fortuna amirillosa de bilis, echaría nuevo acibar en la honda cava de nuestras angustias viejas.

Nuestro pesar procede del cariño noble que nos tuvo ese hombre, que con ser famoso por su afición al arte musical, fué todavía menos artista que corazón excelente repleto de bondad.

El remordimiento de que nos dolíamos con amargura intensa viene de nuestra flaqueza. Muchas veces nos hemos afligido porque no somos buenos á afectuosos como deseamos serlo con los caríños que nos distinguen.

Hace días tuvimos noticia de la enfermedad de nuestro sencillo y por lo tanto sincero amigo; y desde que tal supimos decíamos (con honradez ciertamente), es necesario visitarlo, es necesario verlo, y arrebatár a su oreja con nuestra presencia y nuestra palabra, si fuere necesario, algunas resonancias del paso de la muerte.

¡Y nunca fuimos á verlo!

Y ahora dentro de muy poco tiempo vamos á enterrarlo con pesar y remordimiento.

Querido don Procopio Castro; tú, á lo menos no sufres ya las contrariedades de la vida. Ello será una ventura estúpida, pero real."

Esta es la prueba incontrastable del influjo de la amistad.

Apenas los primeros ayes de pesar respondieron al último suspiro del moribundo, el sentimiento general inflamado, y veloz como chispa eléctrica, se extendió por todos los corazones, exitando sus fibras al dolor.

\* \*

En la mañana del 18 se oía el clamoreo fúnebre de las campanas del Carmen y á los melancólicos acordes de la música sagrada, se iban agrupando en las naves de la Iglesia infinidad de personas.

Una tropa silenciosa y llena de recogimiento invadió también aquel lugar de oración: eran todos los compañeros de oficio, empleados de la Imprenta Nacional que

desde el último hasta el primero se disponían á acompañar el cadáver del Jefe, amigo y compañero, rindiendo las últimas muestras de simpatía en las pocas horas que les quedaba y obedeciendo á una disciplina rigurosa entraron de dos en dos llevando una hermosa corona de flores artificiales y cada uno de ellos en el hombro izquierdo un lazo de cinta negra. ¡Aquello era conmovedor!

\* \*

Terminadas las honras fúnebres salió el cortejo en dirección al cementerio general.

Estaba formado el acompañamiento por muchísimas personas de todas las clases sociales.

Los alumnos de la escuela Nacional de Música, también se dispusieron á rendir su homenaje al artista don Procopio, dispuestos en la misma forma que los empleados de la Imprenta Nacional. Dejamos la palabra á *El Heraldo*, que, en su editorial del día 19, describe con muchísima más felicidad que lo pudieramos hacer nosotros, como se efectuó el entierro:

"A las 10 de la mañana, poco más ó menos, salió el féretro de la Iglesia del Carmen. Las ceremonias religiosas no sobran nunca, pero de esta vez fueron cumplidas por demás. La misa fué muy extensa y muy grandes las vigiliias. La clerecía se lució con el canto llano, hasta una cierta santidad, que ya pudiera ser reprehensible.

Entre tanto se verificaba el desfallecimiento por fúnebre languidez de la campana dobladora, y la angusta felicidad del sacerdote enamorado de la doliente liturgia, las piadosas personas que anhelaban formar parte del acompañamiento, iban poco á poco desfilando de soslayo para su casa: era ya hora del almuerzo, y además día sábado, el gran día de las habilidades del comercio y de las intrigas del negocio.

Diez, veinte comerciantes, unos de cuello gordo y otros de pulmón metido, pero todos famosos por su destreza para el cambio y la venta, pasaron por delante de nosotros, con las puntas traseras del paletó descansadas en ambas manos. Iban á lo positivo, idan á almorzar y vender, que es la gran dicha, ¡la dicha del siglo! No señor: La felicidad lujuriosa la bienaventuranza *mónica* de todos los tiempos y todas las tierras.

Pero quién lo dijera? El sentido Procopio fué, sin embargo, muy acompañado á su casita de lo e-

terno y de lo infinito. Era ese hombre, tan bueno que casi no es maravilla el cariño inmenso de que gozaba en la sociedad.

Los matices del acompañamiento eran demasiado fuertes. Si no hubiese sido Procopio el finado que nos dolía en el alma profunda, y nos guiaba en pos de su ataud coronado, irresistiblemente, deslumbrados por la confusión de colores tan diversos que formaban un cuadro abigarrado sobremanera,—habríamos retrocedido muy alegres de abandonar un medio tan revuelto.

Desde el Presidente hasta el modestísimo jornalero, todos iban asinados en aquella procesión disputándose el féretro de Procopio. Todos ansiaban sentir sobre sus hombros el peso del fúnebre ataud. Aquello era un torneo de la resistencia física y del sentimiento del corazón.

Tampoco hubo en aquel acompañamiento determinación de ideas ni de preocupaciones ó intereses. Todos los colores políticos, todos los oficios y profesiones, todas las convicciones teológicas y racionales, allí tenían su puesto en la gran concurrencia. Católicos filósofos, descreídos y masones empedernidos, allí, señor allí estaban. Don Procopio Castro era una naturaleza riquísima, era una humanidad llena de filantropía y de amor caritativo. En su corazón estaban reunidos todos los tonos. El marqués de Valdegamas dijo de O'Conel que era un pueblo y que un pueblo lo es todo. El viejo Oficial Mayor de la Imprenta Nacional, no fué nunca O'Conel, pero murió siendo Procopio Castro, el hombre todo enfermo de humanidad. Basta!

Procopio nació para ser bueno y sensible. La música era uno de sus encantos, y cuando el contrabajo, la viola y el violín, guardaban silencio, entonces buscaba la dulce nota que era necesaria á la paz y regalo de su alma, en la jaula que él cuidaba con esmero: los pájaros y los pajaritos fueron también una de sus mayores delicias. Las avocetas del cielo han perdido á un gran amigo!

Era un artista desde luego lo distinguía el rasgo primero del artista.

*La sencillez y la generosidad.*

¡Para qué más?

Procopio quedó depositado ayer en su casita de lo eterno y de lo infinito.

Quedó depositado allí ante las muchas gentes que lo han llorado. Los discursos no fueron escasos:

talvez ocho representantes de los tipos sociales que lamentan la muerte del amigo de la música y del canto y los matices de las avocetas del cielo, pronunciaron sobre su féretro discursos llenos de verdad y de ternura conmovedora.

Procopio quedó depositado en su casita misteriosa, con todos sus defectos, que eran muy grandes, que eran vistosos: sólo que cada cual era cepa pujante de alguna virtud humana."

\* \*

Ocho fueron los discursos pronunciados en momento de darle sepultura al cadáver.

Rompió el silencio el joven cajista don Alfonso Girón hijo de nuestro amigo Maurito, con el siguiente:

SEÑORES:

Hemos venido á depositar en su última morada á nuestro querido Jefe y amigo: hemos venido á darle último adiós!!! adiós por cierto para siempre!!! Pero no, convencidos estamos que en nuestros corazones permanecerá grabado el simpático nombre de don Procopio Castro.

Sí, señores, creo que para nosotros y para todo aquel que trató á nuestro Jefe le será imperesedero su nombre.

¡Por qué? porque con su simpática fisonomía supo captarse el cariño de todos, supo estrechar la mano del amigo con lealtad; supo extender la mano indulgente para todo aquel que la necesitó; en fin supo cumplir con su deber en toda su extensión.

Ahora, señores, sólo un consuelo nos queda, y es el de depositar nuestra última lágrima en su fría morada y dar último adiós al indulgente Jefe, al amigo sincero, al buen esposo y buen padre de familia.

Lo secundó el joven don Margín Rigual, cajista también, con este otro:

SEÑORES:

Tal vez se considere como un acto de atrevimiento el que yo, pobre hijo del trabajo, suba á esta fúnebre tribuna de las últimas y eternas despedidas.—Así lo creo también, por causa de mi absoluta carencia de dotes oratorias.—Sólo un sentimiento que sobrepaja al temor de la exhibición, puede obligarme á ello: el sentimiento de la gratitud.

Vengo, pues, no á hacer vana ostentación de rasgos de elocuencia, ni á declamar elevados pero mal sentidos conceptos; vengo á dar á estos restos inanimados al pie de la fosa, dentro de la cual los veremos pronto desaparecer, la última expresión de gracias—el último testimonio de mi dolor. Su bondad y tierna solicitud para con mi amigo engendró aquella—su muerte desarrolla el último.